

LA AMABILIDAD DE LOS EXTRAÑOS



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

© EDITORIAL C & M®
© CRISTINA COLMENA
© Prólogo JAVIER MIJE

EDITA: EDITORIAL C & M®
Proyecto Universitario Siranda
Edificio CREA Sevilla
Avda José Galán Merino, s/n
Módulo 17
41015 Sevilla
Teléfono: 954.488.871
e-mail: info@editorialcm.es
www.editorialcm.es

ISBN: 978-84-936951-4-9
Depósito legal:

1ª Edición
Sevilla, Diciembre 2009

A Nandi y a Manolo

Los verdaderos paraísos son los paraísos que hemos perdido, escribió Proust, y suscriben ahora las criaturas que habitan estos relatos. Si la literatura y el arte son artificios para desvelar la verdad, si la imaginación es una antena privilegiada para captar el estado de ánimo de una sociedad y una época determinadas —otra manera de nombrar lo que Faulkner llamó *el polen de las ideas*—, la primera virtud de este libro es haber atinado a capturar una sintonía que nos resulta familiar. No sólo por su carácter urbano y la desorientación de los personajes en los laberintos del alcohol, los amores apresurados y otros paraísos artificiales, lugares comunes de toda una generación de escritores en la treintena, sino por la naturaleza misma del lenguaje en que estas fábulas cristalizan. Para glosar *La amabilidad de los extraños* —una especie de cortesía entre desconocidos que comparten la misma cama fría—, Cristina Colmena se ha decantado por la incomodidad de la prosa. Quizá no hace falta aclarar que entiendo incomodidad por impudor. Impudor por verdad.

El lector descubrirá que el caleidoscopio que abarca estos relatos es muy amplio. En ocasiones la autora se aventura a naturalizar lo insólito, lo incomprensible, para que lo asimilemos como si fuese algo real, en cuentos como «Sigo aquí» u «Objetos perdidos», ambos metáforas sobre las difusas fronteras —para sus personajes a punto de saltar en pedazos bajo el peso de su desdicha— entre la vida y la muerte. Las pequeñas tragedias familiares son el argumento de títulos como «Jaque Mate» y «Resonancias». Y abordan también estas ficciones los conflictos sociales en títulos como «La india» y «El río». Pero si es tarea del prologuista señalar sus predilecciones, creo que la literatura de Cristina Colmena se expande cuando su escritura desciende al territorio de lo íntimo.

Es cuando estas fábulas focalizan la institución de la pareja cuando sus formas alcanzan el empaque más verdadero y acerbo. La tesis: el amor es compartir la misma incomprensión, la convivencia un escenario de conflictos secretos, de luchas larvadas, como si no hubiera encaje sin fricción. El decorado de estos sueños rotos es gris, la banda sonora el ruido de fondo de una mala teleserie: una mano —la diestra de la autora— descorre entonces el telón del teatro y los personajes descubren —si es que comparten el mismo idioma, léase «V.O.»— que no tienen nada que decirse. Mientras algún vestigio de la felicidad perdida —el simbólico cubo de Rubik en «Geometrías»— acumula capas de polvo en una vitrina, la conciencia dolorosa de no poder volver a re-

petir el hechizo, de que no hay senda que conduzca de regreso al paraíso, atormenta a los personajes. Gente que busca, impenitentes solitarios en los relatos más beodos y nocturnos, pero sobre todo hombres y mujeres impotentes para manejar sus destinos después de encontrarse. No es extraño que uno de los seres desorientados de este libro —Ópera Prima de su autora— termine necesitando la ayuda de una audioguía para tratar de orientarse en esta vida sin instrucciones de uso. No creo que el lector necesite ninguna otra para adentrarse en las páginas de este libro.

Javier Mije

RUIDOS

No recuerdo muy bien cómo empezó aquel ruido. No me di cuenta. Al principio fue un sonido, apenas perceptible, que se fue deslizando entre sus palabras y las mías, un zumbido molesto que se hizo cada vez más fuerte. Hoy es lo único que escucho. Sé que ella también siente esa punzada en los oídos, por la forma en que aprieta la mandíbula cuando me habla, por las ojeras que antes no tenía, la frente arrugada, la boca triste. Ya ni los discos ni el volumen del televisor nos permiten obviarlo. Está ahí, todo el tiempo.

Ninguno de los dos, sin embargo, hace nada al respecto, casi diría que poco a poco nos estamos acostumbrando. Fingimos ignorarlo e incluso hablamos a gritos para escuchar nuestra voz, aunque la mayor parte del tiempo callamos y dejamos que el ruido lo invada todo. A veces, me pregunto de dónde vendrá. Descartadas ya las cañerías y la instalación eléctrica, comienzo a sospechar que sale de nosotros, como una máquina vieja cuando sus piezas se empiezan a desajustar, cuando ya no funciona y tan sólo queda esperar a que se rompa del todo. Confío en que pronto parará. Mientras tanto, tendremos que seguir oyéndolo y acompañar nuestra vida a este ruido, al fin y al cabo, en los últimos años se ha convertido en algo tan familiar.

LA TRADUCCIÓN

Al principio fue sólo un adjetivo, en el original no existía, pero a él le hacía falta. La frase, si no, quedaba insípida, vacía, inacabada. Dudó mucho si incluirla o no. Siempre le había parecido un sacrilegio introducir variaciones en una obra ajena, se suponía que sólo le pagaban por traducirla, pero finalmente no pudo reprimirse. Lo puso. Leyó el nuevo párrafo y decidió que sin duda alguna, el cambio mejoraba la obra. Después, y aunque intentó ser fiel al texto, introdujo y quitó algunas comas, suprimió alguna subordinada que no hacía más que embrollarlo todo y hasta le cambió el nombre a algún personaje, porque indudablemente, le hacía más antipático.

Sin saber muy bien cómo, empezó a odiar a aquel autor que firmaba la novela, y a despreciar aquel estilo suyo, convencional y previsible. Esas descripciones tan cursis y tan inacabables, aquellos personajes tan planos, la falta de ritmo... Sin darse cuenta empezaron a salir sus propias palabras y a borrar párrafos enteros. Suprimió escenas, introdujo nuevas tramas, y se decidió por un final menos melodramático. Eliminó todos aquellos flujos de conciencia, tan pesadísimos, porque para su gusto, Faulkner ya estaba pasado de moda. Y como a medida que iba traduciendo, el original le iba estorbando cada vez más, decidió prescindir de él y continuar con hojas en blanco. Dejó atrás las limitaciones del sinónimo y de las equivalencias gramaticales y se puso a «traducir» más libremente.

Cuando terminó la traducción, decidió también cambiarle el título.

Tres meses después, recibió una llamada del editor que le encargó el trabajo, enojado tras leer los primeros capítulos, tan distintos al ruso original. Aunque él intentó defenderse alegando la coautoría del traductor, y cómo sus pequeñas aportaciones no hacían sino engrandecer la obra, fue amenazado con el despido si no se atenía a una aséptica traducción del texto y se dejaba de creaciones y coautorías... Su jefe, sin duda un tipo de estrechas miras, no entendía por qué había situado la trama en el Marte del año cuatro mil cuando transcurría en la Rusia de la postguerra, ni por qué los diálogos eran en verso, aunque fuera tan sólo un pequeño homenaje al siglo de oro. Le había molestado mucho que hubiera cuatro personajes más, que el protagonista muriera en el capítulo dos —porque a nadie le caía bien— y que los largos monólogos hubieran sido sustituidos por pequeñas frases al estilo de «y pensó mucho sobre todo aquello».

Así que sin otra posibilidad, guardó sus propias cuartillas, retomó el insulso texto, y lo tradujo palabra por palabra, con el diccionario de sinónimos vigilando sus movimientos.

Un año después, cuando vio en el escaparate de una librería aquel que ya no era su libro, lo miró con cierta nostalgia pensando en lo que pudo haber sido. Se encogió de hombros y siguió caminando. Se sonrió al pensar que en la página ciento veintisiete cierto personaje se llamaba ya de otra manera y que entre aquellas quinientas veintiséis páginas había un adjetivo inadvertido que era sólo suyo, y que sin duda alguna, mejoraba la novela.